

EL TEXTO DE *POLITICS AND THE ENGLISH LANGUAGE*
Y EL CONTEXTO DE *NEWSPEAK*
A PROPÓSITO DE UNA CRÍTICA DE LAS IDEAS LINGÜÍSTICAS
DE GEORGE ORWELL

RAMÓN LÓPEZ ORTEGA y JOSÉ LUIS ONCINS MARTÍNEZ
Universidad de Extremadura

Al hacer una lectura crítica de «Politics and the English Language»¹, resulta difícil sustraerse a la tentación de comparar las recomendaciones que Orwell nos hace en este conocido ensayo de 1946 sobre el uso de la lengua con las aberraciones del nuevo lenguaje creado por los etimólogos de *Nineteen Eighty-Four*. Así, a primera vista podría parecer, como mantiene Carl Freedman, que *Newspeak*, la lengua artificial que se intenta imponer en el estado totalitario de la distopía orwelliana, no es en el fondo sino una sátira contra los principios que inspiran el mencionado ensayo². Sin embargo, como se intenta demostrar en estas páginas, sólo se puede llegar a una conclusión de este tipo cuando esa relación rebasa los límites que establece la disparidad contextual del ensayo y la novela. Dicho de otro modo, conviene no olvidar que, aunque fruto de la misma pluma, *Newspeak* y las sugerencias de Orwell se enmarcan en géneros distintos y, por lo tanto, tienen coordenadas y objetivos diferentes.

* * *

Como se sabe, suelen hacerse dos lecturas de este ensayo que llevadas al extremo pueden resultar igualmente incompletas cuando no falaces. La primera y más extendida se fija sobre todo en su dimensión preceptiva, en el valor

¹ El artículo apareció por primera vez en *Horizon*, LXXVI (1946). Las citas y referencias del presente trabajo corresponden a la reedición del artículo en *The Collected Essays, Journalism and Letters of George Orwell*, vol. IV, eds. Sonia Orwell e Ian Angus (New York: Harcourt, Brace and World, 1968), págs. 127-140.

² Carl Freedman, «Writing, Ideology, and Politics: Orwell's "Politics and the English Language" and English Composition», *College English*, XLIII, 4 (1981), pág. 333.

estético de las sugerencias que hace Orwell para lograr un buen estilo. La segunda parte de una base muy distinta. Quienes la proponen no ven en el ensayo de Orwell sino un tratado teórico o filosófico del lenguaje, y más concretamente, un subproducto de una de las ideologías más arraigadas en la tradición anglosajona. Es precisamente desde esta última lectura desde la que resulta más fácil sucumbir a la tentación arriba apuntada. En consecuencia, y teniendo en cuenta que nuestro interés principal reside en la función literaria de *Newspeak* en el entramado de la obra, las reflexiones que se ofrecen a continuación se proyectan sobre ciertas afirmaciones que se han hecho desde este segundo enfoque, y en concreto sobre el trabajo de Freedman, uno de los estudios más serios acerca del pensamiento lingüístico de Orwell.

En esa defensa a ultranza que Orwell hace del uso de un lenguaje simple, quienes enfocan el trabajo desde esta última perspectiva detectan claros vestigios de esa ideología que apunta hacia un uso tan restrictivo como restringido de la lengua y un rechazo casi visceral del léxico abstracto o genérico, sobre todo el de origen grecolatino. Es decir, según este enfoque, Orwell se aproxima peligrosamente a ese modelo lingüístico que pone en tela de juicio el léxico relacional e incluso el discurso generalizador. En ese sentido, se acusa a este autor de promocionar un uso del inglés en el que sólo parece tener legitimidad el vocabulario concreto, identificado casi siempre con el de raíz anglogermánica, y en el que se evita la voz pasiva y se fomenta la construcción paratáctica o cuasi paratáctica de manera obsesiva³. Esta visión tan estrecha de la lengua, como se sabe, es en buena medida una de las secuelas de la vulgarización de una epistemología empírica mal asimilada. Obedece, en efecto, a una identificación muy simplista de las teorías empíricas del conocimiento, y en concreto del significado, con un modelo específico de expresión. Como se sabe, el hecho de que en la base de la epistemología empírica ocupen un lugar destacado las percepciones sensoriales, unido al auge de los métodos experimentales de la ciencia durante los siglos XVII y XVIII, llevó a no pocos retóricos y gramáticos, y por supuesto a la mayor parte de los autores de trabajos científicos de la época, a valorar excesivamente el detalle y el dato concreto e inmediato⁴. Ahí reside, sin duda alguna, la explicación de esa preferencia, a veces desmesurada, que mostraba la Royal Society por lo particular o espe-

³ Véase Freedman, *op. cit.*, pág. 336.

⁴ Susan Wells, refiriéndose a la relación entre la ideología dominante y las tesis retóricas difundidas por Allison, Beattie, Blair, Campbell, Kames y Priestly en Gran Bretaña durante el siglo XVIII, afirma: «Influenced directly by Hume, they considered knowledge to be knowledge of the visual; abstraction was simply reducible to sensible particulars. Accordingly, they valued facticity, selectivity of details—in order to intensify the vividness of the image—, clarity and immediacy» («Classroom Heuristics and Empiricism», *College English*, XXXIX [1977], pág. 470).

cífico y por la simple descripción, por un lenguaje meramente definatorio o denotativo. La muestra más elocuente de esta propensión a delimitar al máximo el sentido de las palabras, y del afán codificador tan en boga a la sazón, tal vez sea la desconfianza con que retóricos y filósofos observaban cualquier transposición intencionada del significado con fines exclusivamente estéticos. El propio Thomas Spratt⁵, historiador de la Royal Society, y hombres del prestigio de Thomas Hobbes⁶ o Arthur Murphy⁷, editor del *Gray's Inn Journal*, nos advierten contra los «peligros» que entrañan los sentidos traslaticios y el metoplasma en general. De esa visión estrecha de la lengua al rechazo del lenguaje discursivo o crítico no media más que un paso; y ese paso se ha dado, y se da aún con harta frecuencia, en el espacio de la lengua inglesa, por muchos profesores y eruditos al aferrarse a esa modalidad estilística.

Antes de comentar con más detalle el poso negativo que Freedman descubre en «Politics and the English Language», y para no cometer una injusticia al valorar el significado histórico del modelo de expresión que lo genera, hay que decir que ese modelo representa también, en buena medida, la culminación de un proceso cuyo origen se remonta a la batalla, legítima en su día, que a lo largo de la Edad Media, y aun en el umbral de la modernidad, tuvo que librar el inglés contra el francés y el latín. Estas lenguas, como nos muestra la historia peculiar del inglés, ahogaban desde el púlpito, la cátedra y la corte el idioma autóctono. En una primera fase de esa lucha, sobre todo en el marco del apasionado debate profano o religioso, humanistas y reformadores abanderaron la causa de la lengua vernácula, y el uso de un discurso directo y vigoroso pronto se revelaría como el arma más eficaz con que la burguesía emergente iba a asestar el golpe de gracia a la influencia aún poderosa de la ideología feudal. El nacimiento y la posterior expansión del periodismo y la novela en Inglaterra, y por supuesto la revolución que supuso el paso definitivo del discurso neoescolástico y barroco a la prosa científica, serían el exponente

⁵ La siguiente queja de Thomas Spratt resulta harto elocuente: «Who can behold without indignation how many mists and uncertainties these specious *tropes* and *figures* have brought on our knowledg?» (*The History of the Royal Society of London* [London, 1667], pág. 112).

⁶ Thomas Hobbes se queja del estilo de ciertos autores «when they use words metaphorically; that is in other sense than that they are ordained for; and thereby deceive others» (*Leviathan* [Oxford, 1909], pág. 25).

⁷ Murphy es también tajante al expresar sus preferencias estilísticas: «... a good Writer will avoid all Affectation of Glittering, all false ambitious Ornaments, all Prettiness, all Conceits, quaint Turns, Points and Antitheses, which never can give Strength to an Argument, and only serve to enervate and corrupt the Imagination» (*Gray's Inn Journal*, 16 de diciembre de 1752). Esta y otras citas muy ilustrativas sobre el ideario lingüístico de la Royal Society y los hombres de ciencia de la época aparecen recogidas en un excelente trabajo de Román Álvarez Rodríguez sobre la influencia del «plain English» en la obra de Henry Fielding («Los preceptos lingüísticos de la Royal Society y su incidencia en la lengua de Henry Fielding», *Revista alicantina de estudios ingleses*, II [1989], págs. 157-171).

más claro del triunfo y la consolidación de la lengua nacional tras ese conflicto lingüístico secular.

Este apunte histórico, pese a la simplificación que una síntesis de esta naturaleza inevitablemente comporta, puede depararnos la perspectiva y el contexto necesarios para saber hasta dónde se puede coincidir con la corriente crítica en que se enmarcan las premisas de que parte Freedman en su valoración de las ideas lingüísticas de Orwell. Según este crítico, esa preferencia manifiesta por lo concreto y el detalle que Orwell predica en «Politics and the English Language» obedece a una teoría no sólo incorrecta sino, además, cargada de peligros⁸. Es más, afirma incluso que esa «teoría incorrecta» que subyace en el ensayo de Orwell es una «ideología», término que no duda en emplear en su sentido más peyorativo, a saber, el que él mismo define como «conjunto de creencias, supuestos y hábitos mentales cuya función primaria es la represión»⁹. En concreto, para este autor los consejos que Orwell prodiga en torno a la sencillez no son sino una nueva versión del «plain style»¹⁰, denominación con que han pasado a la historia esas tendencias ya referidas de los siglos XVII y XVIII. El resultado de todo esto, añade Freedman, no es sino una desconfianza dogmática de la generalización y una preferencia excesiva por lo particular, en ese sentido no dialéctico por el que se interpreta lo concreto como algo que reside únicamente en la parte, entendida ésta como lo que se contrapone al todo. Este rechazo de la generalización entraña, también según sus palabras, una evasión dogmática de toda complejidad¹¹.

Para apoyar estas afirmaciones Freedman hace referencia a la conocida advertencia de Orwell contra el abuso de la terminología de raíz grecolatina, en cuya utilización excesiva veía el novelista a menudo un peligro de imprecisión y descuido¹². Se refiere también el crítico, en ese mismo sentido, a la reiterada queja de Orwell por el abuso de términos del tipo de «romantic», «plastic», «values», «sentimental» o «vitality», que en su opinión carecen normalmente de significado¹³, o de otros cuyo significado considera peligrosamente confuso, como «democracy», «socialism», «freedom» o «justice»¹⁴.

⁸ Freedman, *op. cit.*, pág. 332.

⁹ *Ibid.*, pág. 334.

¹⁰ *Ibid.*, págs. 335-36.

¹¹ *Ibid.*, pág. 331.

¹² Orwell, «Politics and the English Language», págs. 131-132.

¹³ Orwell dice textualmente: «In certain kinds of writing, particularly in art criticism and literary criticism, it is normal to come across long passages which are almost completely lacking in meaning. Words like *romantic*, *plastic*, *values*, *human*, *dead*, *sentimental*, *natural*, *vitality*, as used in art criticism, are strictly meaningless, in the sense that they not only do not point to any discoverable object, but are hardly even expected to do so by the reader» (*ibid.*, pág. 132).

¹⁴ He aquí la opinión de Orwell sobre este tipo de abuso: «Many political words are similarly abused. The word *Fascism* has now no meaning except in so far as it signifies «something not

Señala igualmente Freedman los riesgos que suponen afirmaciones tan inocentes en apariencia como «What is above all needed is to let the meaning choose the word, and not the other way about» o «If it is possible to cut a word out, always cut it out», que Orwell incluye en su ensayo de 1946¹⁵. Así, de estas recomendaciones infiere Freedman la insinuación, por parte de Orwell, de que una misma cosa se puede decir de maneras distintas y, como corolario, que las palabras, y el lenguaje en general, son algo inerte¹⁶. Estas y otras objeciones, que este autor fundamenta sobre bases irrefutables, no sólo son muy atinadas sino que resultan muy saludables en el marco educativo anglosajón, sin excluir el académico¹⁷ —y esto es así, aun cuando a veces cueste admitir que una crítica tan necesaria haya de ilustrarse con un trabajo tan lleno, por lo demás, de sensatez y sentido común. Aunque, dicho sea de paso, también es verdad que el espacio que ocupan esos consejos y el hincapié que se hace en ellos hacen que el contexto del ensayo de Orwell no sea tanto una reflexión sobre la naturaleza de la lengua —ni mucho menos una teoría lingüística coherente— como un manual de estilo, una llamada en favor de la sencillez y la claridad del lenguaje y una advertencia contra su manipulación desde el poder. Sin embargo, si bien esto reduce la envergadura de los reproches que se le puedan hacer, no alivia esos estigmas ideológicos que gravitan sobre el trabajo de Orwell y denuncia Freedman. De esa suerte, aunque la importancia que Orwell da a la sencillez y al detalle en ningún caso conlleve una búsqueda consciente de la fragmentación ni se plantee en oposición a ningún modelo de totalización, puede tener, y de hecho tiene, el efecto nefasto ya señalado. Es más, le hace partícipe, por paradójico que resulte, de un concierto ideológico con el que nunca sintonizaron sus propias opciones políticas.

Otro tanto se puede decir de la sospecha que despierta en Orwell el uso de ese lenguaje no vernáculo, especialmente el léxico de referencia genérica en general, y el de cuño griego o latino en particular. En este caso es cierto

desirable». The words *democracy, socialism, freedom, patriotic, realistic, justice*, have each of them several different meanings which cannot be reconciled with one another. In the case of a word like *democracy*, not only is there no agreed definition, but the attempt to make one is resisted from all sides. It is almost universally felt that when we call a country democratic we are praising it: consequently the defenders of every kind of régime claim that it is a democracy, and fear that they might have to stop using the word if it were tied down to any one meaning. Words of this kind are often used in a consciously dishonest way» (*ibid.*, págs. 132-33).

¹⁵ *Ibid.*, págs. 138-139. Esta misma idea aparece en su ensayo «The English People»: «... the shortest way of saying anything is always the best» (*The Collected Essays, Journalism and Letters of George Orwell*, vol. III, pág. 26).

¹⁶ Véase Freedman, *op. cit.*, págs. 331 y 332.

¹⁷ Véase, además de los artículos ya mencionados de Carl Freedman y Susan Wells, Richard Ohmann, «Use Definite, Specific, Concrete Language», *College English*, XLI, 4 (1979), págs. 390-397.

que se puede alegar en su descargo que lo que le irrita es que esa terminología suele utilizarse no tanto para expresar algo como para impresionar a alguien, cuando no para crear confusión política, como se ha hecho a menudo, y de manera deliberada, en la historia reciente con una palabra como «socialismo»¹⁸. Sin embargo, no es menos cierto que al anatematizar el empleo de este tipo de vocabulario Orwell se hace cómplice de quienes proscriben la práctica del lenguaje discursivo y el propio discurso crítico. De hecho, este peligro parece consustancial a ese tipo de actitud, aun cuando su motivación última sea encomiable.

Idéntica valoración merecen las reiteradas protestas de Orwell en favor de la economía verbal o esa sentencia no demasiado afortunada en la que, al proponer que sea el significado el que elija la palabra y no al revés, parece confundir no sólo las funciones sino la naturaleza misma de estos dos conceptos. No resulta difícil deducir el mensaje que quiere transmitirnos, pero el rigor de su formulación deja mucho que desear. Esas frases, tal y como aparecen expresadas, podrían justificar en principio la lectura que hace Freedman según la cual para Orwell el lenguaje es un vehículo meramente mecánico e inerte. No obstante, el contexto en que se pronuncian —uno de los primeros trabajos en que se aborda la estrecha relación entre el lenguaje y la política y se pone de manifiesto la carga ideológica de las palabras— invalida en parte el juicio de este crítico. En efecto, si bien no resulta difícil convenir con él en que detrás de algunos de los preceptos estilísticos de Orwell se perciben ciertos ribetes ideológicos de corte empírico, esta coincidencia tiene un límite. Desde luego, parece desproporcionado atribuir a Orwell la creencia de que las lenguas son sistemas neutros o repertorios de palabras con idéntica referencia conceptual, pues eso implicaría la negación de esa interdependencia recíproca y dialéctica que existe entre el signo lingüístico y el pensamiento, entre la lengua y la mente. Precisamente tanto el espíritu que anima a «Politics and the English Language» como el que inspira *Animal Farm* o *Nineteen Eighty-Four* discurren en una dirección diametralmente opuesta¹⁹. Por consiguiente, ese es el único sentido que puede tener cualquier relación que se desee establecer entre los contenidos del artículo y las imágenes de esas obras de ficción. Por eso, a partir del momento en que Freedman identifica la economía estilística abogada por Orwell en su ensayo con esa reducción drástica del vocabulario y del propio contenido semántico de las palabras inherente a *Newspeak*, cesa

¹⁸ Como se sabe, el término ha sido divisa común de ideologías tan dispares como el comunismo, la socialdemocracia y el nazismo.

¹⁹ Paul Chilton es categórico en este sentido al afirmar que «*Newspeak* is a theory of the relationship between language form and language meaning, and also a theory of the relationship between meaning, mind and reality» («Orwell, Language and Linguistics», *Language and Communication*, IV, 2 [1984], pág. 138).

nuestra coincidencia con sus tesis. No cabe otra interpretación pues tanto el sentido de «The Principles of Newspeak»²⁰, ese apéndice de *Nineteen Eighty-Four* que constituye todo un prontuario de la gramática y la filosofía de la nueva lengua, como el de las demás imágenes en que ésta se utiliza, no puede ser sino el que corresponde a la función que desempeñan en la obra. *Newspeak* es una «sátira cáustica», pero no como pretende Freedman contra lo que se predica en «Politics and the English Language», por defectuosa que sea su formulación²¹. Es una sátira cáustica contra la sumisión incondicional al poder político y contra el sueño de la razón, actitudes que entrañan el germen de la visión apocalíptica de Orwell. Éste es el auténtico y único contexto de *Newspeak*; fuera de él, esa lengua carece por completo de sentido. Mientras con la economía que Orwell defiende en el ensayo se persigue la claridad, con la reducción del léxico y de la riqueza semántica de las palabras que promueven los creadores de *Newspeak* se pretende obnubilar el pensamiento y estrechar su horizonte. Los lingüistas de *Oceania* no escatiman ni el eufemismo ni ningún otro recurso para la consecución de los fines de ese código brutal que Orwell nos recuerda con toda crudeza en el apéndice: «El objetivo de *Newspeak* no era sólo proporcionar un medio de expresión para la visión del mundo y los hábitos mentales de los devotos del Ingsoc, sino hacer imposible cualquier otra forma de pensamiento»²². Así, no sólo se reduce una parte importante del léxico de *Oldspeak*, sino también el acervo semántico del que permanece en la nueva lengua. Se abrevian igualmente los nombres de instituciones y doctrinas con el fin de ocultar o modificar sutilmente su significado o para evitar ciertas connotaciones o asociaciones que puedan hacer peligrar el nuevo orden político. El adjetivo «free», por ejemplo, sólo podía utilizarse en frases como «this dog is free from lice», pero nunca con la acepción de libertad intelectual o espiritual²³. Formas como «good» y «ungood», para ofrecer otro ejemplo, sólo tenían sentido si se aplicaban a conceptos que respondieran a los intereses del partido. «Big Brother is ungood» era un enunciado semánticamente imposible, pues la idea resultaba inconcebible²⁴.

En resumen, el auténtico mensaje orwelliano es una exhortación a la toma de conciencia ante el deterioro gradual e incluso la atrofia de la lengua a que pueden conducir la pereza mental y la propaganda política. En ese sentido, los rasgos morfológicos y sintácticos que conforman «The Principles of Newspeak» no son sino un epítome, presentado en forma de parodia, de esa

²⁰ George Orwell, *Nineteen Eighty-Four* (Harmondsworth: Penguin Books, 1968), págs. 241-251.

²¹ Freedman, *op. cit.*, pág. 333.

²² Orwell, *Nineteen Eighty-Four*, pág. 241. La traducción es nuestra.

²³ *Ibid.*, págs. 241-242.

²⁴ *Ibid.*, pág. 249. Chilton ofrece un análisis muy interesante sobre el baile de derivados y procesos flectivos de *Newspeak*, así como de su función en esta lengua (*op. cit.*, págs. 141-142).

degradación progresiva y de la manipulación implacable que Orwell observaba en el uso de la lengua, sobre todo en el registro periodístico y el discurso político. La experiencia de Orwell en estos campos era, por desgracia, muy abundante; y no sólo ni sobre todo con el comunismo soviético, como se nos ha hecho creer durante los años de la Guerra Fría. Conocía mucho mejor, por ejemplo, los sutiles sistemas de propaganda de la BBC, para la que había trabajado durante la Segunda Guerra Mundial²⁵; y sobre todo había sufrido en su propia carne, durante la Guerra Civil Española, los efectos de la manipulación de noticias y tergiversación de hechos políticos y acciones de guerra en que él había participado personalmente, por parte de la prensa española y británica²⁶. De hecho, seguramente fue su experiencia en Cataluña, en las milicias del POUM, la que le hizo perder su inocencia no sólo política sino, sobre todo, lingüística. En *Homage to Catalonia* nos ha dejado constancia de cómo la calumnia, la falsa propaganda, puede presentarse como verdad; y él mismo pudo comprobar en su propia persona cómo bastaba con tildar a alguien de fascista, aunque fuese una injuria, para poner su vida en peligro²⁷. Es posible que Orwell nunca llegara a entender la complejidad política de aquella guerra en la que había defendido la causa de la República, como se ha dicho a veces; pero esto no le impidió comprender desde muy pronto el alcance de esa manipulación sistemática de los hechos, y por lo tanto de la Historia, que se efectuaba desde los medios de comunicación y los centros de poder. Por eso, cuando le dijo a Koestler que la historia se había detenido en 1936, tenía buenas razones para ello. Para expresarlo con esas metáforas memorables que él mismo acuñó, le asustaba *doublethink*, el principio fundamental de *Newspeak*, o *blackwhite*, su antecedente en *Animal Farm*. Le aterraba, dicho en términos de *Newspeak*, que la idea de *bellyfeel*, que es algo así como la fuerza del estómago y la aceptación ciega, pudiera reemplazar algún día a *oldthink*, la fuerza de la razón y la vieja libertad intelectual. Le asustaba, para decirlo con sus propias palabras, esa transformación de noticias del tipo de «Defenceless villages are bombarded from the air, the inhabitants driven out into the countryside, the cattle machine-gunned, the huts set on fire with incendiary bullets» o «Millions of peasants are robbed of their farms and sent trudging along the roads with no more than they can carry», en formas o frases tan neutras e incluso eufónicas como «pacification» o «transfer of population», respectivamente²⁸. Esa subversión del valor expresivo del lenguaje halla su

²⁵ Sobre esa experiencia de Orwell véase William Empson, «Orwell at the BBC», *The World of George Orwell*, ed. Miriam Gross (New York: Simon and Schuster, 1971), págs. 94-99.

²⁶ Sobre este aspecto de su experiencia en el frente de Aragón y Cataluña véase Raymond Carr, «Orwell and the Spanish Civil War», *The World of George Orwell*, págs. 64-73.

²⁷ Véase George Orwell, *Homage to Catalonia* (Harmondsworth: Penguin Books, 1979), págs. 139-140.

²⁸ Orwell, «Politics and the English Language», pág. 136.

ilustración más elocuente en la palabra *joycamp*, pues bajo este eufemismo se esconden, en *Newspeak*, los campos de trabajos forzados²⁹; y en esa frase tristemente famosa que anuncia que en la granja de *Animal Farm* la revolución ha sido traicionada: «All animals are equal but some are more equal than others»³⁰. La atrofia verbal, que en «The Principles of Newspeak» se anuncia afirmando que «en última instancia se perseguía crear una lengua articulada desde la laringe, sin recurrir a los centros superiores del cerebro»³¹, se expresa en *Nineteen Eighty-Four* mediante esa metáfora inolvidable de *Duckspeak*, que equivale a la ritualización total del lenguaje en una suerte de liturgia desprovista de todo significado. Se trataba, en definitiva, de que los súbditos del nuevo estado fueran capaces de *duckspeak*, es decir, de hacer «cua cua» como los patos. De este modo, si mientras en *Animal Farm*, por exigencia del género fabuloso, los animales aún se expresaban en la lengua de los hombres, en *Nineteen Eighty-Four*, también por imposición de su propia estructura interna, los seres humanos se ven abocados a descender al lenguaje de los animales.

²⁹ Orwell, *Nineteen Eighty-Four*, pág. 248.

³⁰ George Orwell, *Animal Farm* (Harmondsworth: Penguin Books, 1951), pág. 114.

³¹ Orwell, *Nineteen Eighty-Four*, pág. 249. La traducción es nuestra.